

EL JOVEN COSTALERO

Han pasado varias primaveras, desde que aquel niño llevaba suaves pañales de lino y seda. La vida, llamando a su puerta, acariciaba, mimaba, y ofrecía miel del polen de las flores más bellas.

El viejo reloj, centinela y guardián de la torre de la iglesia del pueblo, anunció las cuatro de la tarde. El pequeño, dormido en el regazo de su madre, cambió el latido de su corazoncito, y ella, lanzó un grito de terror agolpándosele la sangre en sus venas. Los bronquios, de aquel pequeñito pecho, se cerraban negando el paso de oxígeno por sus pulmones. Sus labios rojos, formando el corazón más bello del amor, se tiñeron de azul púrpura, a juego con las uñitas de unas manos angelicales que, postradas en una cama articulada de hospital y cubierta por un globo de oxígeno, decían adiós a su madre.

Ella, en el silencio del dolor más profundo, derramó lágrimas cristalinas de agua pura de manantial nacido de las profundidades de la tierra; se arrodilló ante la imagen del Santo Cristo de las Enaguillas, tatuado en su corazón, y le pidió que no se llevase a su hijo, fruto de sus entrañas, que ya tenía muchos ángeles en el cielo.

El niño, que escuchó con Jesús, su amigo, la plegaria de su madre, abrió sus ojitos, y con voz jadeante dijo: - ¡mamá, quiero yogur!

¡Gracias! - Exclamó la madre a la vez que hacía una promesa al Cielo. - ¡Vuelvo a tener a mi hijo entre mi pecho!

Llegó Viernes Santo, la madre vistió de negro y, tomando a su hijo en brazos, caminó hacia la iglesia. Tambores y trompetas anunciaban la salida de Jesús el Galileo, reflejando su fracaso, intentando un mundo nuevo. Ella se quitó sus zapatos y caminaron detrás del Santo cantando, en sepulcral silencio, la saeta que al escucharla el Nazareno se volvió de carne y hueso.

Cada año, aquel niño esperaba, de la mano de su madre, el paso de Jesús Crucificado. De adolescente, en cada calle del pueblo, a su paso lo admiraba y soñaba en ser su costalero.

Pasaron los años, creció queriendo cumplir sus sueños. El día de Jueves Santo, al atardecer, después de la celebración de la Santa Misa, en recuerdo de la hora en la que Jesús celebró la Última Cena y lavó los pies a sus apóstoles en señal de humildad, cuando los fieles se habían marchado, quedó él en la iglesia y, cogiendo una escalera, corrió a bajar la Cruz de su Santo Cristo que, en una bóveda lateral derecha, le estaba esperando acompañado por su madre la Virgen María y por su primo San Juan Bautista.

Al encontrarse, cara a cara, vio una imagen viva de un hombre sufriendo. Quiso quitarle los clavos y descolgarlo del madero, mas una voz lo detuvo diciendo: -No alivies mi sufrimiento, soy el pan de los pobres y de los niños hambrientos, la manta que, en las frías y largas noches de invierno, cubre a las personas sin techo, a las mujeres maltratadas llevo aliento y a los ancianos olvidados, como trastos viejos, al resplandor de la luna, enjuago sus lágrimas y me cobijo en sus sueños.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del joven, el sudor asomaba en su frente. Tomó la Cruz en sus brazos, se paró el tiempo; himnos melódicos comenzaron a escucharse al pasar por el Arco Celestial que los Santos, bajando de sus pedestales, habían formado.

Lo colocó en las andas que, previamente, había preparado, y lo vistió con las enaguillas de encaje tejido, con bolillos, por mujeres en tardes de invierno a la luz de las velas y del calor del fuego. Instaló la batería del tractor de un hombre del pueblo, abastecería a los cinco faroles que, en la noche de la procesión, parecerían cinco luceros iluminando la imagen de un Santo Cristo que, al mirarlo, te conmoviera la conciencia y cambiaría el pensamiento. Siguió con tuercas, tornillos, llave inglesa, martillo y

alfileres, las flores ya estaban puestas, solo faltaba el velo que, al colocarlo, se rasgó en dos como en el templo.

Estaba todo preparado, faltaban pocas horas para ser dueño de sus sueños.

Marchó satisfecho a casa después de poner una vela sobre las andas para que no quedase a oscuras en la noche su Galileo. La emoción a penas le dejó conciliar el sueño.

Esperó impaciente la tarde del Viernes Santo, como el enamorado espera el dulce encuentro con su amada.

Llegó el momento... se descalzó y cubrió con una túnica su esbelta y joven figura, encapuchado con un capirote cónico que alude el acercamiento del penitente al cielo y que guardaría el más fiel secreto de su Fe, Devoción y Lágrimas de Amor a su Santo Cristo, tomó uno de los cuatro palos de las andas y cargó en sus hombros erguidos, protegidos por una almohadilla de piel desgastada que amortiguaría el peso.

No había dicha más grande ni gozo, solo el asfalto sería testigo de sus pies descalzos que le obsequiaría con alguna juguetona piedrecilla que iría a cobijarse en su piel desnuda.

Su madre, ella siguió a su hijo, necesitaba de su aliento para respirar y sentir el retumbar de los tambores que aceleraron el latido de su corazón. Él la llamó con un imperceptible gesto que solo los dos conocían. Por unos segundos, con la ayuda de su hijo, ella hizo de Cirineo.

Los tres corazones en un abrazo se unieron, y sus ojos brillaron haciendo sombra a las estrellas del cielo.

Yo creo que Jesús... ¡Resucitó en esos momentos!

La Promesa quedó cumplida, los sueños hechos realidad, y el asma de aquel niño no volvió jamás.